

de Berlín y de Breslau, encontrándome yo aquí al frente de trescientos mil hombres, Austria, sin molestarse, sin sacar siquiera la espada, se pavonea creyendo que he de sucumbir á semejantes condiciones! ¡Y es mi suegro el autor de tal proyecto, quien os envía! ¡Ah, Metternich, cuánto os ha dado Inglaterra para declararame la guerra?»

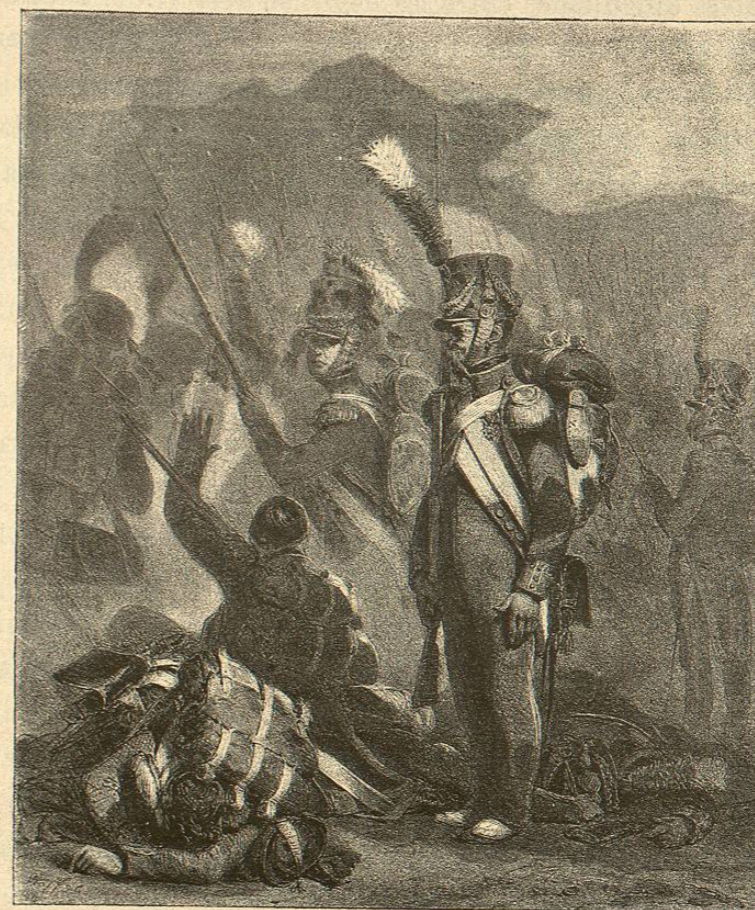
Tan brutal é injusta acusación hirió vivamente al diplomático, que á buen seguro no se hubiera sentido molestado por una sencilla insinuación. Pero Napoleón, persistiendo en su cólera, continuó diciendo en alta voz, aunque como si hablase consigo mismo: «¡Cometí verdaderamente una simpleza al casarme con una archiduquesa! Decíame yo entonces: ¡Haces una locura!... pero ya está hecha, y hoy tengo que lamentarla.» Metternich, dirigiéndose al sentimiento de humanidad de Napoleón y á la necesidad de poner término á tan terribles guerras, le habló de sus jóvenes soldados, de su ejército de reclutas, casi niños, cuyas líneas había atravesado para llegar al cuartel general. Napoleón, conociendo perfectamente que éste era su punto débil, encendióse de nuevo en cólera, respondiéndole con dureza y airado gesto: «¡Vos no sois soldado, vos ignoráis lo que pasa en el corazón de un soldado! ¡Yo me he criado en los campos de batalla, y á un hombre como yo le importa poco la vida de un millón de hombres!» y al decir estas palabras tiró al suelo su sombrero.

No admiraron estas palabras á Metternich, á cuyos proyectos, por otra parte, eran favorables.

La entrevista de Dresde tuvo grandes consecuencias. Metternich, gracias á lo que había visto en derredor de Napoleón, pudo apreciar el abatimiento y cansancio de Francia, y aun de su mismo ejército. Comprendió perfectamente lo que hacía falta á las tropas francesas; vió asimismo que Napoleón estaba inquieto, y era más dueño de sí y menos capaz para abarcar de una manera clara el conjunto de sus negocios, y que se le había exacerbado más que nunca esa intemperancia de carácter moral que le había hecho cometer ya grandes faltas. Finalmente, había recibido un insulto personal é iba á continuar su política guerrera contra Francia, no solamente por frío cálculo, sino por apasionado rencor. Empleó, pues, todos los medios para hacer que fracasasen las negociaciones y para concluir con Napoleón, llevando á la coalición todas las fuerzas de Austria. Por lo demás, sirviéronle

á maravilla la mala fe de los aliados y la terquedad de Napoleón (25 de Junio).

Praga fué el sitio designado para celebrarse el congreso, habiéndose prolongado el armisticio para facilitar sus trabajos desde el 28 de



«¡Cerrad las filas!» (Copia de una litografía de Raffet)

Julio hasta el 10 de Agosto, con un plazo supletorio de seis días entre la denuncia del armisticio y la ruptura de las hostilidades, lo cual alargaba hasta el día 17 por la mañana la renovación de la guerra. El congreso debía arreglar todos los asuntos pendientes, á excepción de los relativos á Inglaterra; Napoleón deseaba que asistiesen á él los representantes de los Estados-Unidos. Pero esta asamblea estaba destinada á ser completamente estéril; cierto es que Prusia y Rusia enviaron á Praga (11 de Julio) dos plenipotenciarios, Guillermo de



Humboldt y Anstett, quienes, poco conocidos, á lo menos como diplomáticos, dejaron que lo hiciera todo Metternich. Napoleón, que por su parte no obraba tampoco con franqueza y trataba sólo de ganar tiempo, mandó á Narbonne y Caulaincourt á Praga muchos días después de la llegada de los plenipotenciarios ruso y prusiano. Pronto surgieron innumerables dificultades entre los negociadores. G. de Humboldt y Anstett, de acuerdo con Metternich, se negaron á tratar directamente con los ministros franceses, pretendiendo tener como mediador al ministro austriaco, mientras que Napoleón, aprovechándose de toda clase de pretextos, se obstinaba en exigir conferencias directas. El día 24 de Julio el congreso no había llegado aún á ningún acuerdo, y Napoleón, que á pesar de todos los que le rodeaban no estaba más dispuesto á aceptar la paz que el rey de Prusia y el emperador de Rusia, se ausentó á propósito, haciendo un viaje á Maguncia. A la corta permanencia de Napoleón en Maguncia se refiere una anécdota que traduce perfectamente lo que muchos pensaban en su interior acerca de la situación.

«El Emperador,—cuenta Beugnot, que á la sazón se encontraba en Maguncia con Juan Bon Saint-André, prefecto de Mont-Tonnerre,—el Emperador nos propuso cierto día dar un paseo por el Rhin con objeto de estrenar una elegante falúa que le acababa de regalar el príncipe de Nassau... Sin haber recibido ni Juan Bon ni yo invitación definitiva para acompañarle, nos creímos autorizados, en virtud de aquella conversación, por lo que seguimos al acompañamiento y entramos en el barco con los demás. Juan Bon y yo nos manteníamos á la mayor distancia de Napoleón que permitía la longitud de la falúa, pero ésta era insuficiente para evitar que se oyese lo que se decía en ambos extremos. Mientras que el Emperador, de pie sobre uno de los costados del barco é inclinado hacia el río, parecía absorto en su contemplación, Juan Bon me dijo en voz muy baja:—¡Qué rara posición! la suerte del mundo depende de un puntapié más ó menos.—Me estremecí y no tuve fuerzas más que para responder:— ¡Por Dios, que no suceda!—Mi interlocutor, sin hacer caso de mi ruego ni de mi terror, añadió:— Estad tranquilo, los hombres de resolución son muy escasos.— Cambié de sitio para evitar la continuación del diálogo y terminó el paseo sin haberse reanudado. Desembarcamos, siguiendo al

acompañamiento del Emperador á su regreso al palacio. Al subir por la escalera de honor me encontré al lado de Juan Bon, precediéndonos el Emperador siete ú ocho escalones. La distancia me dió valor y dije á mi compañero:— ¿Sabéis que me habéis asustado extraordinariamente?— ¡A fe! lo comprendo, lo que me admira es que hayáis vuelto á recobrar vuestros movimientos; pero tened entendido que lloraremos lágrimas de sangre por no haber sido el paseo de hoy el último de su vida.— ¡Sois un insensato!—Y vos un imbécil, salvo el respeto que debo á vuestra excelencia.»



El mariscal Víctor, duque de Belluna

Muchos eran los que pensaban entonces como Juan Bon, y muy posible es que Napoleón presintiese su pensamiento; pero cuanto más necesitaba que se le dijese la verdad, tanto más se la ocultaba la adulación creciente, y respecto al estado interior de Francia recibió de varios funcionarios noticias completamente tranquilizadoras, cabiéndole la dicha de poderse ilusionar respecto á la situación verdadera de su patria. Así, pues, dadas sus instrucciones para el gobierno del Imperio y ordenadas nuevas levás, regresó á Dresde dispuesto á continuar la lucha.

La coalición, por su parte, no había perdido el tiempo, habiéndose reunido los monarcas aliados y los ministros ingleses de Trachenberg (9 de Julio); Bernadotte, príncipe real de Suecia, acudió á reunirse con ellos con gran aparato.

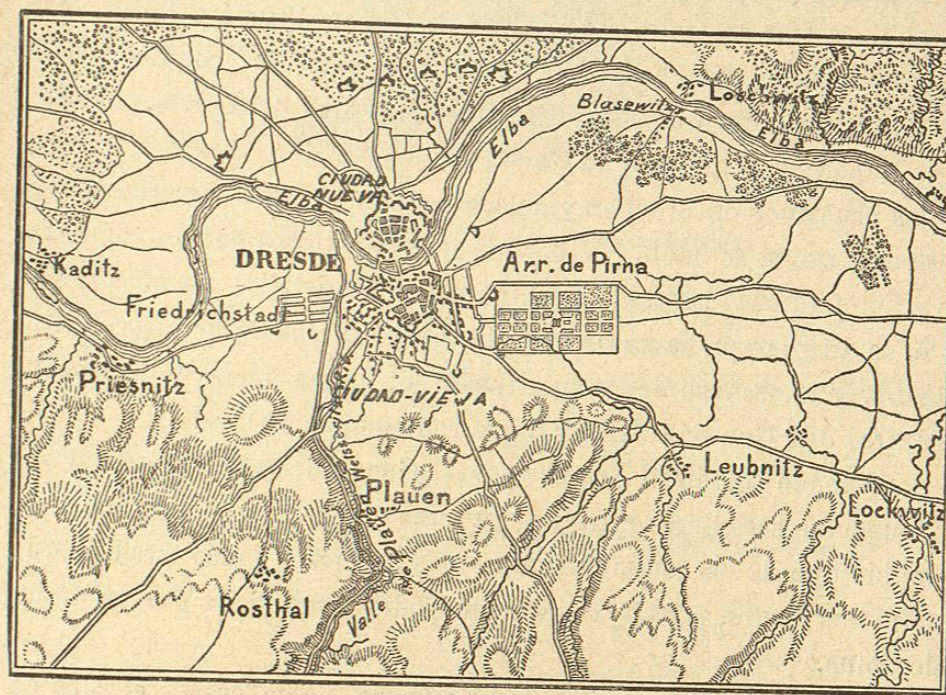


Suecia, á pesar de las quejas que pudiese tener contra Napoleón, no aprobó esta política, pues sabía que Francia era su aliada natural y el tratado de Frederiksham le acababa de probar que el peligro para ella venía de San Petersburgo; su lealtad, por otra parte, se hallaba contrariada al ver que su príncipe real desempeñaba semejante papel. Pero el celoso espíritu de Bernadotte había conservado un odio sordo para con Napoleón, que siempre se había mostrado sumamente indulgente con él. Los demás soberanos le llenaban de agasajos y le ofrecían la posesión de Noruega, y para tenerle más adicto, los Ingleses le añadían la de la Guadalupe, isla francesa. Por otra parte, su ambición no se limitaba á esto, y aunque cuesta trabajo creerlo, pensaba formalmente en sustituir á Napoleón en el trono de Francia. Demostraba con esto desconocer completamente los sentimientos de Francia y del ejército respecto á su persona; durante el armisticio, cierto día que pasó frente á la plaza de Stettin, la guarnición francesa le hizo algunos disparos, respondiendo el general Dufresne á las quejas de los enviados del príncipe: «No ha sido nada; ¡los centinelas han visto á un desertor y han disparado sobre él!» Esperando la realización de su sueño imperial, creía ser proclamado generalísimo de la coalición y desplegaba un lujo de advenadizo, tanto más chocante cuanto que contrastaba con la sencillez de los demás príncipes. Decidió á Moreau á que viniese de América para combatir á Napoleón y á Francia, contando sin duda nombrarle jefe de su estado mayor; pero los generales rusos y alemanes creían que esto constituía una deshonra para ellos. «Queríase suponer que era imposible vencer á los Franceses sin el recurso de valerse de uno de los lugartenientes de Napoleón, y aun no de los más distinguidos. ¿Acaso era un título de honor hacer armas contra su propia patria?»

Bernadotte tuvo que contentarse con discutir, con el estado mayor aliado, el nuevo plan de campaña. Los aliados determinaron gastar las fuerzas enemigas en continuar marchas, evitando mientras fuese posible el encuentro con Napoleón y atacando con preferencia á las divisiones destacadas que mandaban sus generales, hasta lograr su destrucción. De esta táctica se valieron los Romanos para concluir con Aníbal. Se formaron tres ejércitos para operar contra el Emperador: el de Bohemia, fuerte de 250.000 hombres, mandado por el

príncipe de Schwartzenberg, el de Silesia por Blucher y el del Norte á las órdenes de Bernadotte, compuestos cada uno de 120.000 hombres. Estos tres ejércitos debían confluír en Dresde para aplastar á los Franceses; otros dos ejércitos vigilaban Baviera é Italia.

Napoleón, por su parte, formó el plan de presentar, una vez terminado el armisticio, proposiciones aceptables, deteniendo de esta manera el movimiento de Austria, dispuesta á unirse á la coalición, y



Plano de la batalla de Dresde

emprender de nuevo las hostilidades contra Prusia y Rusia y derrotarlas, continuando al propio tiempo las negociaciones con el emperador Francisco, con objeto de lanzarse también sobre él, si, después de una derrota de los Rusos ó de los Prusianos, continuaba mostrándose contrario á todo acomodamiento. Encargó, pues, á Caulaincourt que pidiese á Metternich, de una manera clara y concreta, las condiciones bajo las cuales Austria haría la paz. Metternich exigió la repartición del gran ducado de Varsovia, la reconstitución de Prusia, la evacuación de las poblaciones ilirias, de las ciudades hanseáticas y de la confederación del Rin, con una frontera de fácil defensa sobre el